



PERSPECTIVAS

SUPLEMENTO DE ANÁLISIS
POLÍTICO, NO. 55

MAYO 2011

La lenta mutación del FSLN

El FSLN: un factor político de peso

Durante 16 años el FSLN estuvo formalmente en la oposición política de Nicaragua mientras el país era gobernado por tres administraciones conservadoras y de derecha. En el 2007 regresó al gobierno y ahora está en el último año de su período presidencial. En el 2011, el partido se enfrenta a un escenario donde se entremezclan diferentes actividades: las elecciones presidenciales, es anfitrión del Foro de Sao Paulo, tribuna de la izquierda latinoamericana, y se apresta a celebrar un aniversario más de su fundación, hace 50 años. Identificado en el pasado con la izquierda y la revolución, en la actualidad exhibe una retórica que lo identifica a la vez como cristiano, socialista y solitario. El FSLN es, sin lugar a dudas, un factor ineludible en la política nicaragüense desde 1979.

Pero, más allá de la retórica, de los símbolos y del pasado revolucionario, el FSLN debe ser analizado en el marco de su trayectoria política y de su propio desempeño como partido, sobre todo porque esa evolución ha estado influida por determinantes internas. ¿Cuál ha sido la trayectoria política del FSLN en los últimos años y alrededor de tres componentes distintivos de su discurso político: la oposición al neoliberalismo, la defensa de los pobres y el ejercicio del poder en términos de una democracia incluyente?

Para muchos, el FSLN ha sido siempre un partido monolítico. Efectivamente, la imagen que ha proyectado desde hace muchos años es que en su estructura no existen fisuras y que la dirección mantiene el control del aparato. Sin embargo, las noticias recientes sobre las pugnas en la cúpula del partido son indicativas de un proceso de mutación que ha venido experimentando desde inicios de los 90 y que durante los últimos años ha modificado significativamente la configuración del poder interno y la membresía.



De los principios al posibilismo

El sandinismo se formó en la tradición político-militar de izquierda de los años 60 y 70, convirtiéndose luego en un poder estatal que hegemonizaba el proyecto revolucionario durante los 80. En los 90 se encontró un tiempo a la deriva luego

de perder las elecciones y gobierno. En esa época se juntaron una serie de elementos: la crisis de su proyecto político, la pérdida del gobierno, el nuevo contexto de democratización, los cambios institucionales y las reformas económicas. A los que se agregaron la presión de la transición y la posguerra, el contexto

internacional de crisis política en la izquierda y la cancelación de las rupturas revolucionarias en El Salvador y Guatemala. Las presiones norteamericanas por “des-sandinizar” a Nicaragua aportaban un tanto a las adversidades. Por último, el progresivo retorno a la democracia en América Latina se realizó en un contexto económico y político conservador, en el cual las tesis económicas liberales y fuerzas políticas administraron las transiciones en sus límites más primarios.

Debe reconocerse entonces que el contexto para un partido como el FSLN no era muy favorable y configuraba un escenario completamente desconocido que confrontó al partido con la necesidad de realizar profundas revisiones. Sin embargo, sus propias características no facilitaban las reedicaciones necesarias. Era un partido centralizado, vertical, sin tradición de debate y vida democrática, acostumbrado a actuar en base a orientaciones generales que cubrían un pragmatismo donde no siempre los límites estaban claros y en el cual, el discurso podía servir de cobertura a trayectorias muy diversas, incoherentes entre sí y disimular los intereses reales que conducían la acción.

Esta última característica, que en el pasado se valoró como una “flexibilidad” encomiable del sandinismo, pero en ausencia de un anclaje sólido en valores, prácticas y programas, con el tiempo se convirtió en un zigzag cada vez menos progresista y coherente. Estas características que se mantuvieron en el tiempo, podrían interpretarse como

un posibilismo variable, propio de la política.

Así, el FSLN se encontró en una nueva etapa de su desarrollo histórico, contando con invaluable recursos como: una correlación de fuerzas favorable heredada de su control estatal durante 10 años, no corría riesgos de represión por parte del ejército y la policía, disponía de organizaciones sociales fuertes



y una estructura partidaria sólida. Pero adolecía de un posicionamiento programático y un capital intelectual que condujera una renovación política interna. En vez de eso, la evolución del partido fue dominada por el posibilismo sin límites que le dejaba las manos libres a una generación de políticos-militantes sin pagar los costos de sus propias responsabilidades, exponer la legitimidad de su autoridad a una crítica abierta y el necesario cambio generacional.

Partido intra sistema y pragmatismo sin orientación

En el trascurso del periodo que va de 1990 a 2006 el FSLN se dedicó a administrar su capital político simbólico de izquierda revolucionaria, desconectado del debate internacio-

nal y atrincherado nacionalmente en una táctica para incrementar espacios de poder grupal, más que en la reelaboración de un proyecto político y programático.

De allí que su relación con el Foro de Sao Paulo, que acogió en 1994 y con quien compartió otras citas internacionales, el Foro social de Porto Alegre o con la socialdemocracia, con quien flirteó durante años,

fuera maniobras simbólicas para exhibir relaciones políticas más que acciones ligadas a un proceso de renovación o de desarrollo político. Su adhesión al ALBA, ha mostrado paradójicamente, su cara menos presentable.

Los debates sobre las reformas económicas que sacudieron a América Latina, el papel de la democracia en las nuevas condiciones, los modelos de desarrollo y las políticas de izquierda, la elaboración de políticas basadas en enfoques de derechos y con políticas sostenibles, las relaciones entre partido y nuevas identidades sociales y organizativas, no tuvieron eco en el sandinismo oficial. Fueron apenas enunciadas por personas a título individual, muchas de ellas fuera del partido y no fueron objeto de debates colectivos a lo interno. Cuando fueron mencionadas en las propuestas electorales, no pasaron de ser enunciados que se olvidaban después de la coyuntura electoral.

Esta evolución política chata tuvo dos poderosos incentivos. Por un lado, el aparato oficial del partido tuvo el temor de introducir debates que examinaran su trayectoria y su devenir programático para no abrir espacios a las diferencias reales que

existían, y aún existen en su interior, se generaran nuevos liderazgos y el viejo aparato perdiera el monopolio del control y la representación. Por otra parte, la ausencia de debate abierto le permitía seguir administrando el discurso político simbólico sin poner en evidencia la evolución real a lo interno del partido, la cual se hizo evidente considerando las consecuencias directas del proceso de reformas económicas e institucionales que se operó en el país y en el cual participó activamente el FSLN.

La diferenciación social interna que se produjo entre ganadores y perdedores producto de las reformas económicas, tanto en el país como en el partido provocaron tres rupturas

internas que marcaron el proceso de creación de una estructura de poder basada en la triangulación de intereses económicos y familiares más que en un proyecto político colectivo inspirado en intereses y movimientos sociales, propio de las identidades de izquierda más genuinas.

El FSLN evolucionó hacia un liderazgo personalizado y autoritario, a medida que se eliminaban o distanciaban figuras críticas e históricas y las corrientes internas buscaron fortalecerse para obtener beneficios convirtiendo al partido en una estructura de poder muy parecida al justicialismo argentino o al PRI mexicano, con prácticas populistas, políticamente conservadoras y con pocas capacidades redistributivas reales. Este proceso se acompañó de una involución ideológica acelera-

da acorde con las justificaciones del liderazgo que a falta de ideas, programas y políticas, adoptó dogmas mesiánicos, religiosos y caudillistas.

La distancia entre el decir y el hacer se hizo cada vez mayor. Los dos ejemplos más claros se encuentran en el respaldo que el FSLN le otorgó a las reformas económicas de los tres gobiernos neoliberales anteriores. En realidad, no solamente las



compartió, sino además, se posicionó y sacó sus propios beneficios. El otro ejemplo es el pacto que estableció con Alemán cuando afirmaba estar comprometido con la democracia y la gobernabilidad. Este pacto lo vinculó con la fracción más corrupta de la derecha y lo hizo cómplice y cómplice de prácticas prebendarías y el reparto de las instituciones.

Un caso más reciente es su discurso de reconciliación, amor y paz, mientras ha puesto en marcha un sistema de alta discrecionalidad autoritaria que mezcla retórica populista, la violencia política y el poder duro.

El partido al servicio del poder personal

La disputa interna por el poder provocó rupturas y divisiones en beneficio de una estructura de poder perso-

nalizada que en cada oportunidad daba un paso más hacia su consolidación. El grupo danielista era uno más entre los que se disputaban el control de esa estructura y poco a poco fue cobrando mayor visibilidad hasta privatizarse y adquirir una base económica y familiar propia que lo colocan actualmente como el grupo dominante a lo interno del partido.

En el Frente Sandinista siempre hubo tendencias y liderazgos personalizados, pero la dirección colectiva y colegiada atenuó las diferencias y las canalizó hasta finales de los 80. Una práctica útil para el manejo de la guerra. La democratización de los 90 y las diferencias políticas y económicas generaron la formación de grupos de interés nuevos. Entre ellos, los grupos origi-

nalizados en las estructuras militares, los empresarios, el aparato sindical y los diputados conformaban una situación interna movida imposible de cerrar. Estos sectores tenían una trayectoria y militancia común que los hacía legítimos aunque no iguales.

De aquí surgió también el grupo dominante de Daniel Ortega, que de intermediador de las diversas facciones pasó a construir una estructura piramidal de subordinación construida a partir de círculos de poder ordenados según la distancia con el líder. Mientras más cerca del líder, mayor influencia y poder. Así, durante los últimos años y teniendo a mano los recursos de la administración pública, los otros grupos en disputa por el poder fueron desplazados hasta ser sustituidos por relaciones personalizadas.



En la cercanía al poder y la dependencia personal, ascendió la primera dama, quien ha jugado su propio juego en la tercia por las cuotas de poder en el partido. Para reforzar los círculos personales y disminuir la acción de los otros grupos, Rosario Murillo creó los CPC, su propia estructura de súbditos conformada por militantes de última generación, movidos más por interés personal y oportunismo que por la mística de la militancia histórica. Se inició entonces un proceso de sustitución no sólo en la cúpula del partido, sino también en las bases, y los militantes históricos comenzaron a ser sustituidos gradualmente por una estructura de poder paralela al Estado, pero también al partido.

Esto significó la refundación de las líneas jerárquicas de la organización, control y ascenso en detrimento de los pocos equilibrios de representación, la diversidad y algún nivel de institucionalidad. Además, el doble liderazgo del país y del partido en un esquema de partido-estado, disparó el arribismo, la lucha de influencias y la corrupción.

El ascenso de Rosario Murillo marca la máxima personalización y ausencia de institucionalidad de eso que se llama partido FSLN. De allí las nuevas pugnas internas que se han hecho visibles en los medios de comunicación que le han costado el puesto a cuadros leales, de larga y probada trayectoria, como Nicho Marengo y Lenin Cerna. La primera dama, externa a esos códigos y cubierta sólo por la sombra del poder, ha construido su propia base para competir con tales figuras. Por eso promueve a "su gente" en algo que muy poco tiene que ver con la política.

Fracturas peligrosas: partido e instituciones

Lo más grave de la situación es que la práctica política interna del partido se ha inoculado en el estado y está causando estragos en la débil institucionalidad del país en tanto ésta solamente es un grupo de reglas y normas

utilitarias que se usan o se descartan según la necesidad del grupo de poder.

El modelo propuesto conduce entonces a un poder vertical que subordina no solamente al partido, sino



también a la sociedad, pero de paso acaba con la democracia deliberativa, es decir, aquella que reconoce el conflicto y el disenso, la alternancia política y la sanción de la opinión.

Inevitablemente todo el discurso sobre el poder popular se vuelve retórica hueca. Si todo es amor y armonía en la unidad ¿que hacemos con los otros? los que no están de acuerdo. Sean mayoría o minoría, esos pasan a ser enemigos de la verdad proclamada.

Por último, en un sistema de poder y toma de decisiones en que la democracia deliberativa no cuenta, inevitablemente el conflicto se transforma en un juego opaco al interior mismo del aparato de poder, donde las zancadillas, las humillaciones públicas y los golpes bajos conducen a la formación de camarillas en pugna.

Las consecuencias para la relación entre el gobierno y la sociedad

son evidentes y patológicas. El poder se vuelve paranoico y no se puede exponer a la luz pública. La diferencia entre la realidad y el discurso conducen a una hiper ideologización y sobre exposición propagandística. A la sociedad no le queda más opción que obedecer u oponerse con costos cada vez más altos si el sistema se consolida. Todos los regímenes totalitarios y de partido único terminan allí.

Una capacidad perdida

La trayectoria política seguida por el FSLN durante los últimos años le impide sanear el sistema y mejorar la calidad de las instituciones. El propio traslado de sus métodos de conducción partidaria al ejecutivo volvió a crear una fusión entre el gobierno y el partido, generalizando sus características negativas a la administración pública. Mientras en lo político su dependencia de arreglos con las facciones retrógradas de la derecha para el control institucional lo han degradado.

En lo económico, como partido intra sistema apoyado en una red de negocios y en el abuso partidario sobre los recursos públicos, el FSLN ha perdido la capacidad de propuesta. De allí que sus políticas más importantes sean una continuidad de los gobiernos anteriores, mientras que los nuevos programas sociales adolecen del mismo esquema populista, clientelista y de compensación social. Queda en evidencia que sólo hay un libreto: el del poder personal totalmente desconectado de su propio partido, de los problemas de sus militantes históricos y los problemas estructurales del país.

Con este grupo, Nicaragua vive la tentativa de construir un poder de neo autoritarismo populista, personalizado, salido de las entrañas mismas del partido que en nombre de la revolución pretendió enterrar la dictadura familiar del pasado. Muchos de los que estuvieron en ese partido, y los que aún están en él, lo saben.